

Programa Interuniversitario de Historia Política

Foros de Historia Política – Año 2017

www.historiapolitica.com

Un antiimperialismo “distante”: desplazamientos discursivos y experimentación política en la Bolivia de 1920 y 1930

Pablo Stefanoni (Centro de Historia Intelectual - Universidad Nacional de Quilmes)¹

Introducción

En los años '20 del siglo XX el nacionalismo boliviano experimentó una inflexión significativa. Si hasta entonces se había asociado principalmente a la imagen de la “nación amputada” por la pérdida del litoral marítimo a manos chilenas en la Guerra del Pacífico (1879-1883), en la década de 1920, como ocurrió en el resto del continente, observamos el “viaje” a Bolivia –por diversas vías– de una serie de ideas y sensibilidades renovadoras que si bien no borraban el trauma de la pérdida de la “cualidad marítima” del país, colocaban a la cuestión nacional en una trama de discursos –y redes intelectuales– más densos: si el socialismo había hecho emerger la “cuestión social” –y los debates sobre si tal cuestión efectivamente existía verdaderamente en un país atrasado como Bolivia–, nuevas ideas sobre la indianidad y el mestizaje ubicaban al “indio” en otro lugar e incluso sus antiguas glorias, como el imperio tiwanakota, podían servir como una suerte de cuna mítica para pensar una nación capaz de superar sus inseguridades de origen (Quisbert, 2004).

Intelectuales como Tristán Marof, José Antonio Arze o Roberto Hinojosa fueron algunas de las plumas que en estos años participaron del esfuerzo de una capa de la juventud local de ser “contemporánea de su tiempo”. Marxismo, juvenilismo y antiimperialismo tejían nuevas tramas de sentido, una de cuyas expresiones emblemáticas a escala continental –y

¹ Doctor en Historia (FFyL, UBA), integrante del Centro de Historia Intelectual (UNQ).

geográficamente cercana a Bolivia– fue la Alianza Popular Revolucionaria Americana (Apra), fundada en Perú por Víctor Raúl Haya de la Torre, pero también llegaba a Bolivia el marxismo heterodoxo de José Carlos Mariátegui.

Empero, a mediados de los años treinta, la Guerra del Chaco (1932-1935) operó como caldo de cultivo de nuevas articulaciones políticas que incluyeron a jóvenes militares nacionalistas que utilizarían el significante “socialismo” como base de su proyecto de renacimiento nacional en clave “vitalista”, bajo la atmósfera antiliberal que ya había permitido la expansión del fascismo y el nacionalsocialismo. Un nuevo socialismo nacionalista desplazaría a la anterior izquierda internacionalista, cosmopolita y anticapitalista.

En este artículo nos proponemos analizar las inflexiones del conjunto socialismo/nacionalismo/antiimperialismo en un doble registro: el de la historia intelectual –y de los intelectuales– y el de la historia política. La hipótesis que está detrás de este texto es que en Bolivia –donde Estados Unidos no era un actor central ni cercano y los dueños de las grandes minas eran bolivianos o bolivianizados– se construyó una suerte de antiimperialismo “distante” pero no menos productivo, cuyos usos locales se plasmaron en una agenda que puso el acento en la nacionalización de los recursos naturales del subsuelo (petróleo y minería)². En ese marco, la izquierda y el nacionalismo revolucionario ubicaron como enemigos a los llamados barones del estaño y a la “feudalburguesía” agraria, un bloque histórico que, desde los años cuarenta, comenzaría a ser denominado la “antipatria” o la “antinación” por la pluma de Carlos Montenegro. Esa agenda nacionalizadora tuvo como fuentes una memoria larga “del saqueo” (con el Cerro Rico de Potosí como trasfondo trágico) así como una memoria corta ligada al “súper Estado” minero (Hochschild, Patiño y Aramayo) frente a los cuales el reformismo social moderado se mostraba impotente.

² Más tarde, Estados Unidos se “acercaría” al país en virtud de cuestiones más o menos puntuales: la supuesta influencia nazi en los años ‘40, los esfuerzos por evitar una radicalización de la Revolución Nacional de 1952 y desactivar la guerrilla de Ernesto “Che” Guevara en los ‘60 y, más recientemente, una nueva etapa de presencia con rasgos imperiales puede observarse en la lucha contra el narcotráfico desde la década de 1980.

Además de la literatura de ideas que incidió en estos años “coloidales” y fundantes de diversas tradiciones políticas (Funes, 2006) basaremos nuestro trabajo y nuestras interpretaciones en un conjunto de fuentes que incluye revistas, artículos de prensa, conferencias y folletos de divulgadores que, alejados pero complementarios de las grandes obras filosóficas (Darnton, 2003), contribuyeron a redefinir la atmósfera política, intelectual e ideológica de estos años.

Cambio de época

Bolivia inició la década de 1920 con un cambio de régimen: a los liberales, hegemónicos desde el fin de la Guerra Federal (1899-1900) –cuando el poder se trasladó desde Sucre a La Paz (Irurozqui, 1994) y el estaño desplazó a la plata–, le siguió el gobierno de Bautista Saavedra, un disidente del liberalismo con fuerte predicamento entre las masas populares urbanas (la “chusma chola”, en palabras de sus opositores) y un político habilidoso que combinaba erudición con una forma de gobernar “a patadas” (Brockman, 2007).

Las dotes intelectuales de Saavedra pueden encontrarse en su defensa, a comienzos del siglo XX, de algunos de los acusados de la masacre de Mohoza, cuando durante la Guerra Federal un escuadrón liberal fue masacrado, en el interior de la iglesia de esa localidad, por indígenas aymaras que, para mayor escándalo, eran aliados de los liberales. Ello mostraba, a los ojos de la elite de la época, que los indios nunca podrían ser confiables y por lo tanto estaban lejos de merecer derechos ciudadanos (Mendieta, 2010). En su alegato, publicado bajo el título “Proceso de Mohoza. Defensa del abogado Bautista Saavedra. Pronunciada en la Audiencia del 12 de octubre de 1901” (Saavedra, s/f.) puede encontrarse una buena síntesis de las dos imágenes hegemónicas sobre el indio, que podían convivir perfectamente en el mismo discurso: el indio víctima y el indio criminal. Pero veinte años después de esa brillante exposición, el abogado se había transformado en presidente y a la amenaza de la “guerra de

razas” por parte de los indios se sumaban los peligros de la plebe urbana mestiza “manipulada” por el saavedrismo³ pero, también, receptora de las nuevas ideas sobre la lucha de clases. De hecho, algunos distinguían entre artesanos propensos al alcohol de los “verdaderos proletarios” modernos –tipógrafos, ferroviarios, mineros, etc.–.

La superposición de la guerra de razas y la lucha de clases redefinió, a partir de entonces, los nuevos miedos atávicos de las elites (Martinez, 2010; Irurozqui, 1994). En este contexto, no es sorprendente que Saavedra impulsara una legislación social limitada pero inédita hasta entonces que incluyó una ley de accidentes de trabajo, una de jornada máxima de trabajo y otra de indemnización por accidentes mineros. Más importante aún, la iniciativa enviada al Parlamento para reglamentar huelgas y establecer consejos de conciliación entre capital y trabajo fue justificada en el hecho de que “el fenómeno de las huelgas se ha presentado entre nosotros como consecuencia de la lucha de los obreros de grandes empresas industriales en resguardo de sus intereses de clase” (Barcelli, 1956, p. 104). Y fue en este marco que se produjo la masacre de Uncía (1923), uno de los hechos emblemáticos del relato heroico obrero-minero boliviano. La particularidad de la huelga que culminó en la masacre fue que no solo incluyó demandas de mejoras salariales –además de la conmemoración de los Mártires de Chicago– sino la demanda del derecho a la sindicalización (Lora, 1969, p. 372). En el plano político, Bolivia asistía a la emergencia de diversos partidos socialistas regionales, contruidos sobre estructuras sindicales también regionalizadas y aún sin una entidad matriz nacional, que comenzaron a permear la política estatal desde los ámbitos municipales. También algunos pocos diputados, elegidos en listas de partidos tradicionales como el saavedrismo, comenzaron a reivindicarse “socialistas” y “representantes de los trabajadores”, y periódicos y revistas como *Bandera Roja* o *Arte y Trabajo* emergerían como

³ Así, uno de los personajes de la novela *La candidatura de Rojas*, de Armando Chirveches (1909), puede decir que, en Bolivia, “el mejor elector es el alcohol”.

expresión de esta incipiente difusión de las ideas socialistas en el país (Schelchkov y Stefanoni, 2016; Stefanoni, 2015).

Sobre el final de su mandato, Saavedra estuvo a cargo de las celebraciones del Centenario de la República, oportunidad que aprovechó para escenificar los logros de la “modernidad boliviana” (Alarcón, 1925) y poner en el centro de los festejos a su propia figura con la intención –finalmente frustrada– de permanecer en el poder mediante un “testaferro” político. A su vez, una nueva generación de estudiantes, influida por la Reforma Universitaria de Córdoba (1918) y por ideas juvenilistas, arielistas, antiimperialistas y marxistas, realizó una contra-lectura del Centenario, al que denunció como la “tragicomedia de los cien años” o la “centuria trágica”. Y, en medio de la represión estatal, no se privó de denunciar el “matonismo saavedrista”.

La economía boliviana había dependido históricamente de la minería, pero desde comienzos del siglo XX se había descubierto la existencia de reservas de petróleo. El presidente, para enfrentar la escasez de divisas, decidió promover las inversiones extranjeras en recursos naturales y obtener empréstitos de bancos extranjeros. En este marco, según Hebert S. Klein, “el acontecimiento más espectacular fue la apertura de los yacimientos petrolíferos a las compañías extranjeras”. En 1920-1921 la Richmond Levering, de Nueva York, obtuvo una concesión de un millón de hectáreas y la William & Spruille Braden obtuvo dos millones. Pero más tarde la Standard Oil, de Nueva Jersey, compró esas dos concesiones y creó la Standard Oil Company of Bolivia para desarrollarla (Klein, 1995 [1968], p. 89). El nuevo código petrolero de 1921 estableció la propiedad estatal de los recursos del subsuelo y un máximo de 100.000 hectáreas para las concesiones privadas, pero la Standard se benefició de la no retroactividad de esa medida (Klein, 1995 [1968], p. 89). Para 1925, la Standard ya operaba con éxito los primeros pozos de la historia de Bolivia y se transformaría en una empresa emblemática para el antiimperialismo boliviano, que promovió la fundación de

Yacimientos Petrolíferos Fiscales Bolivianos (YPFB) y comenzaría a promover la nacionalización de los recursos naturales en un país cuya economía es hasta hoy sustancialmente extractiva.

Entretanto, el empréstito tomado con la compañía Stifel-Nicolaus, de Saint-Louis (conocido como “empréstito Nicolaus”) se transformó en el símbolo de la sumisión a los dictados del exterior y generó una ola de críticas, incluso entre la oposición tradicional. Mediante ese acuerdo, Bolivia comprometía las recaudaciones aduaneras además de otros impuestos especiales. Y, entre otras garantías, se estableció una Comisión Fiscal Permanente en la cual dos de los tres integrantes debían ser nombrados por los bancos de Estados Unidos durante los veinticinco años que duraba el empréstito (Klein, 1995 [1968], p. 91). Aunque hay consenso en la erosión de la soberanía de estas medidas así como del carácter desventajoso de este empréstito, la Comisión Fiscal tuvo el efecto paradójico de modernizar el arcaico sistema tributario boliviano (Klein, 1995 [1968], p. 91).

La gran minería, por su parte, estaba controlada por tres “barones”: Hochschild, Patiño y Aramayo. Y, en un esfuerzo por aumentar los ingresos públicos, el gobierno elevó los impuestos a este sector. Como respuesta, Patiño trasladó su empresa a Estados Unidos, constituyendo la Patiño Mines & Entreprises Consolidated Inc. en el estado de Delaware, pero luego entregó un empréstito al gobierno para la construcción de ferrocarriles a cambio de la postergación del aumento de impuestos (Klein, 1995 [1968], p. 92). El empréstito Nicolaus, el contrato con la Standard Oil y la masacre de Uncía serían el foco de las denuncias opositoras, por convicción o por mero oportunismo en el caso de liberales o republicanos genuinos⁴, contra el gobierno de Saavedra.

El fracaso de sus maniobras prorroguistas abrió paso al ex saavedrista Hernando Siles quien, a diferencia del “caudillo de la plebe”, consiguió el apoyo de la nueva generación de

⁴ Escisión del Partido Republicano que impulsó una dura oposición al saavedrismo.

universitarios inconformistas que estaba emergiendo en las hasta entonces señoriales casas de estudios. Durante un tiempo, mediante el Partido Nacionalista, silismo y juvenilismo parecieron anudarse en un nuevo proyecto de renovación nacional, reformista y moralizante. Augusto Céspedes describe floridamente a esa generación protonacionalista más atraída por el vitalismo que por el marxismo, que buscaba de manera aluvional un nuevo rumbo para una república que festejó el Centenario “desdichada y frustrada”. En palabras del destacado intelectual nacionalista revolucionario, los estudiantes bolivianos mantenían “inquietudes vagas, despertadas por ciertas brisas continentales como la reforma universitaria de Córdoba y la Unión Latinoamericana” y sentían más atracción por “la fraseología del APRA” y los “relámpagos de la revolución mexicana” que por el marxismo soviético, (Céspedes, 2002 [1956], p. 86).

Pero, al mismo tiempo, una pequeña izquierda radical buscaba construir otro tipo de redes y poner en juego ideas más audaces de cambio social. Entre sus ideólogos se destacaba Gustavo Navarro (conocido como Tristán Marof), quien pasó la mayor parte de los años ‘20 fuera del país: primero, con un cargo diplomático en Europa que terminó en escándalo y más tarde en sucesivos exilios y destierros (Topasso, 2016). En París, Marof se vinculó a la *crème* del mundo intelectual de izquierda del momento, como Romain Rolland y Henri Barbusse, y en América Latina tuvo intercambios epistolares con figuras como Mariátegui, a quien conoció fugazmente en una escala en Lima (Marof, 1935) y Manuel Ugarte⁵.

En 1926 Marof escribe en Europa el libro *La justicia del Inca* en el que plasma una consigna programática que, con escasas variantes, será la base de todas las experiencias revolucionarias hasta el presente: “Tierras al pueblo, minas al Estado”, donde el pueblo es el indio (Marof, 1926). Aunque el libro fue editado en Bruselas y casi no llegaron ejemplares al

⁵ Puede encontrarse una selección de cartas Schelchkov y Stefanoni, 2016.

país⁶, ese eslogan –largamente difundido– sintetizaría todo un proyecto político capaz de hilar indianismo, socialismo y nacionalismo en clave económico-social y antiimperialista. Allí Marof critica el modelo de desarrollo sostenido en la inversión extranjera y para explicar las “devastaciones del capital extranjero” sobre los efectos del capital extranjero citaba al “valeroso escritor argentino” Manuel Ugarte (Marof, 1926, pp. 35-36).

Marof sostiene que los efectos del capital extranjero son más graves aún en países que, como Bolivia, “cuentan solamente con las minas” ya que como había ocurrido con el caucho en la Amazonia, una vez pasado el auge, se vio que “la riqueza fantástica pasó volando como en un cuento del oriente” y no dejó nada para las poblaciones. Por eso “en Inglaterra nadie duda que el futuro sea la nacionalización de las minas. En Turquía, Kemal es partidario decidido de esto. En México, se lucha ardientemente. En Rusia, la gran república socialista, es una realidad” (Marof, 1926, p. 39).

Ya en los años ‘30, desde su exilio cordobés, Marof se articuló con redes locales, sobre todo con el antiguo reformista universitario Deodoro Roca para emprender una fuerte resistencia antiimperialista contra la Guerra del Chaco (Bergel, 2012). Un programa similar era levantado por el estudiante Roberto Hinojosa, quien en la década previa había escrito en el diario *Crítica* de Buenos Aires y en 1930 había protagonizado un quijotesco intento revolucionario al ingresar a Bolivia por Villazón con la finalidad de provocar una revolución social. Pese a su completo fracaso, el programa esbozado era particularmente avanzado, e Hinojosa tuvo la particularidad de mirar a México en busca de un proyecto para Bolivia (de hecho, más tarde, fue un propagandista a sueldo de Lázaro Cárdenas (Schelchkov, 2016)). El programa de Villazón es fuertemente latinoamericanista, y entre sus setenta puntos se propone: “solución a los litigios latinoamericanos por arbitraje latinoamericano”; “ciudadanía latinoamericana”; “auspiciar la creación de la Sociedad de las Naciones Latinoamericanas

⁶ Se puede inferir eso por la dificultad para encontrar ejemplares en la actualidad en archivos y bibliotecas.

para garantizar su soberanía y estrechar los vínculos de amistad espiritual y comercial” (Schelchkov y Stefanoni, 2016, p. 197).

En territorio boliviano, la “nueva generación” tenía como uno de sus ideólogos al cochabambino José Antonio Arze, uno de los colaboradores de la revista *Arte y Trabajo* y - para retomar una expresión de Oscar Terán- un precoz joven con una fuerte “voluntad de marxismo”. Arze fue el factótum de la Primera Convención Nacional de Estudiantes Universitarios, reunida en Cochabamba en 1928. Todavía se recordaba el fugaz paso por La Paz del socialista argentino Alfredo Palacios en 1919 en su retorno a Buenos Aires, desde Lima, cuando fue “recibido por los centros universitarios y por las organizaciones obreras con fervoroso entusiasmo” (Lora, p. 145). En 1925 había llegado otro visitante significativo: el aprista peruano exiliado en Argentina Manuel Seoane, que llegó al Altiplano a “alentar a esa muchachada de Bolivia que en pleno centenario era diezmada a sablazos” (Seoane, 1926, p. 15.) Luego de su regreso, escribió el libro *Con el ojo izquierdo. Mirando a Bolivia*, prologado por el propio Palacios.

La Primera Convención estudiantil elaboró un programa que iba en el sentido de la consigna de Marof: se propuso la nacionalización de las minas y el petróleo, la limitación del latifundismo y la dotación de tierras a los indios. Y en el apartado sobre política internacional rechazaba vigorosamente el principio monroísta y panamericanista, defendía las acciones contra el imperialismo yanqui y promovía la difusión del pensamiento de los maestros de la juventud latinoamericana (Ingenieros, Vasconcelos, Palacios) (Arze, 1989, p. 118-119).

Pero pese al éxito de este pequeño núcleo marxista estudiantil, el comunismo no lograba poner en pie un partido político en Bolivia. Siendo Arze un entusiasta defensor de la Unión Soviética, el Comintern lo consideró siempre digno de desconfianza y rechazó de plano su posterior propuesta de poner en pie un partido comunista trinacional boliviano-peruano-chileno (Stefanoni, 2015). A la Confederación de Repúblicas Obreras del Pacífico (CROP),

tal fue como bautizó la iniciativa⁷, Moscú la consideró un “nuevo APRA”, en un contexto –el del Tercer Período– en el que el comunismo internacional consideraba a los socialdemócratas como “socialfascistas” y los nacionalismos tercermundistas –tras el revés en China luego de la alianza con el Kuomintang– eran calificados con epítetos similares. Paradójicamente, la Comintern buscó seducir a Marof, pese a las simpatías trotskistas que este último comenzó a expresar, por considerarlo una vía para conquistar a trabajadores e indígenas en virtud de su prestigio, que trascendía las fronteras bolivianas. Y así, Bolivia no tuvo un partido comunista oficial hasta comienzos de la década de 1950.

Inflexiones: la guerra y posguerra del Chaco

Si en la Bolivia de la década de 1920 la “idea antiimperialista” estaba sobre todo en manos de intelectuales y obreros de izquierda, la Guerra del Chaco, que se desarrolló entre 1932 y 1935, cambió radicalmente el escenario político y habilitó el ingreso a la política de una nueva generación de militares jóvenes así como la emergencia de un nacionalismo revolucionario que haría del combate a la “antinación” y de la alianza de clases nacionales el eje de sus luchas.

Tanto la izquierda como los socialistas nacionalistas caracterizaron a la guerra como una contienda “interimperialista” y la Internacional Comunista caracterizó el conflicto como el anticipo de una guerra de mayores dimensiones a escala mundial. Bajo esta tesis, se trataba de una carnicería impulsada por las rivalidades entre la Standard Oil y la Royal Dutch Shell, con Estados Unidos del lado de Bolivia y Gran Bretaña (y su aliado argentino) del de Paraguay. Y en efecto, la Comintern destinó un gran esfuerzo político y organizativo a

⁷ Su idea es que comenzara como una unidad de partidos para finalizar en una unidad política de las tres naciones.

denunciar la guerra, así como lo hicieron el mencionado Marof y redes de antiguos reformistas universitarios desde Córdoba (Stefanoni, 2015).

Tras la caída de Daniel Salamanca, derrocado por los militares en plena guerra -que resultó en un trauma para Bolivia- y la asunción del vicepresidente José Luis Tejada Sorzano, la situación de incertidumbre se cerró con el golpe cívico-militar del 17 de mayo de 1936, apoyado por una huelga general obrera. Con ello se inauguró un nuevo régimen basado en una inédita alianza entre oficiales jóvenes, sindicalistas de izquierda, jóvenes del Partido Socialista (de orientación socialista nacionalista) y en una primera instancia, saavedristas, además de la flamante Legión de Ex Combatientes (LEC). En ese entonces, el “heroísmo” del Chaco parecía proveer la energía necesaria para salvar y construir la nación, mientras que la metáfora de la “mezcla de todas las sangres” en el campo de batalla revalorizaba el mestizaje como horizonte para la nacionalidad.

El socialismo militar o socialismo de Estado, tal como se autodenominó el nuevo régimen, gobernó el país entre 1936 y 1939 con dos presidentes: David Toro y Germán Busch –héroe de la guerra, quien asumió el gobierno a los 33 años y se suicidó en pleno ejercicio de la presidencia dos años después-. La fuente de legitimidad del nuevo orden fue sin duda *la sangre derramada* y su misión fue la de poner en pie un régimen de “democracia funcional”. Fue bajo ese principio –el del gobierno corporativo– que, por primera vez, un obrero llegó al Ministerio de Trabajo. O, mejor dicho, recayó sobre el tipógrafo Waldo Álvarez, por decisión de la central obrera aún en formación la tarea de poner en pie ese ministerio, que debía conciliar los intereses del trabajo y del capital. Paradójicamente Álvarez, un antiguo integrante de la CROP, había sido un desertor de la guerra. Y pese a las críticas de la prensa conservadora por ese antecedente, así como por su adhesión al “comunismo”, el presidente Toro aceptó su presencia en el gobierno por haber sido nombrado por el movimiento obrero.

Sin duda, la medida estrella de Toro fue la nacionalización de la Standard Oil, la primera de ese tipo en América Latina, “por defraudación de los intereses fiscales”⁸. Pero no sería la última en Bolivia: en diferentes momentos, gobiernos “nacional-populares” (la Revolución Nacional de 1952, el gobierno de Alfredo Ovando en 1969 –bajo el ministerio del socialista Marcelo Quiroga Santa Cruz–, o el “gobierno indígena-campesino” de Evo Morales desde 2006) hicieron de la nacionalización de algún recurso natural estratégico la base de su legitimidad nacional y la prueba de fe de su antiimperialismo.

Los años treinta están marcados por la crisis del liberalismo y del propio Occidente. Si la derrota de Moscú en la guerra ruso-japonesa (1904-1905) ya había alertado sobre la emergencia de potencias no blancas (Mishra, 2012), la Primera Guerra Mundial y más tarde la crisis del ‘29 parecían hacer realidad el “ocaso de Occidente” proclamado por Spengler. Frente a las naciones que mantenían los postulados del libre mercado Alemania, Italia y la Unión Soviética aparecían como casos emblemáticos de renacimiento a través de modelos que hacían del Estado centralizado la base de apalancamiento del despertar político, económico, cultural y moral de sus naciones. El apoyo de intelectuales no comunistas a la Revolución Rusa respondió a este clima⁹. Al final de cuentas, el Estado soviético parecía tener aires de familia con las propuestas de democracia funcional (y sindicalista) en boga. Adicionalmente, los primeros años de la experiencia soviética fueron interpretados por muchos pensadores como el triunfo de un pueblo *joven* hasta entonces dominado por un estado dirigido por los *viejos* (Bustelo, 2012; Fuentes Codera, 2012).

⁸ Departamento Nacional de Propaganda Socialista, *Cuartillas informativas*, N°5, La Paz, 23 de marzo de 1937. Allí se dice: “El gobierno Militar Socialista de Estado Boliviano defiende así las riquezas del país. No persigue al capital extranjero; bienvenido éste cuando beneficia a la Nación y respeta nuestra leyes”.

⁹ Un ejemplo de ello fue Ingenieros, que transitó desde un determinismo positivista a la certeza de la caducidad de la *vieja* civilización dominada por la democracia parlamentaria y la economía capitalista y se sintió atraído por el modelo “funcional” de los soviets (Ingenieros, 1920). Otro, entre varios, fue el catalán Eugenio d’Ors, quien podía imaginar curiosas articulaciones entre anarquismo, monarquismo y socialismo en tanto eran ideas opuestas al liberalismo con el que había que acabar (Fuentes Codera, 2010, pp. 23-42).

Pero pese al salto de la Unión Soviética, la lucha de clases que promovía el comunismo no atraía a los militares al mando de Bolivia, aunque simpatizantes comunistas como Arze ocuparan cargos de segunda línea en el gobierno y el propio Álvarez fuera durante un cierto tiempo el titular de un ministerio. La lucha de clases aparecía como una idea divisionista, e incluso exótica a la realidad boliviana, precisamente cuando la tarea era encontrar el “pegamento” que uniera a una nación aún inconclusa geográficamente, social y étnicamente. Precisamente, el mal desempeño en el Chaco era asociado a esa incompletitud de la nación.

Por eso no es sorprendente que Toro y Busch miraran con más simpatía experiencias que, como la italiana o alemana, propiciaban el Estado fuerte, promovían la unión *totalitaria* de la nación (el término era usado en Bolivia en un sentido muy positivo) y hablaban en un lenguaje de dignidad y energías vitales que encajaba en el clima de posguerra local. Al fin de cuentas, esas ideas podían ser articuladas, según las preferencias, a la guerra (del Chaco) como elemento de purificación nacional, a la necesidad de mirar al milenario imperio tiwanakota como cuna mítica de la nación o, simplemente, a una visión espartana de moralidad y orden capaz de actuar como sustrato de la (re)organización nacional (Stefanoni, 2015).

Los paralelos entre Bolivia y Alemania aparecieron, a simple vista, poderosos. Si Alemania había sido derrotada y humillada en la Primera Guerra Mundial, Bolivia había padecido un fuerte golpe militar y moral en las trincheras chaqueñas y reclamaba con urgencia nuevos paradigmas para salvar la nación. Si Alemania parecía renacer de sus cenizas mediante una revolución liderada por Adolf Hitler, mirar hacia allí en busca de inspiración no parecía un desatino. Después de todo, los vínculos con Alemania habían sido bastante fluidos, especialmente en el plano militar, pero también empresarial. Y el propio Busch era hijo de un

alemán –Paul Busch– aunque el abandono paterno lo alejó de cualquier vínculo con la cultura teutona.

Fue en ese marco que en 1938 un grupo de jóvenes estudiantes y militares –de la “nueva generación”– partieron entusiastamente hacia el Reich, invitados por la jefatura de las Juventudes Hitlerianas a una amplia e intensa gira por todo el territorio germano para imbuirse de “la educación del carácter y del cuerpo” bajo los lineamientos del nacionalsocialismo liderado por Hitler.¹⁰ Ese mismo año de 1939 también viajó al Reich el general Carlos Quintanilla, quien luego escribió al presidente que “no habrá mejor modelo para nosotros que tomar el ejemplo de Alemania para reconstruir nuestro Ejército, sobre tendencias espirituales, bases técnicas y procedimientos de detalle que le han dado su actual superioridad”.¹¹

No obstante, como lo ha mostrado documentadamente Bieber mediante los informes del Encargado de negocios en La Paz, Felix Tripeloury, los alemanes no creían tener en Bolivia una pequeña réplica de su régimen en el socialismo de Estado –ni eran optimistas de que tal cosa se pudiera conseguir– y su interés radicaba en la posibilidad de obtener allí materias primas necesarias para la contienda bélica. Es cierto que Tripeloury elogió al nuevo régimen militar socialista por mostrar “un espíritu nuevo, moderno, el cual parece decidido a eliminar radicalmente los principios liberal democráticos vigentes anteriormente en Bolivia”. Pero, al mismo tiempo, el diplomático lamentaba la falta de energía y de talento en el manejo de los negocios del Estado, así como la escasa consistencia, tanto personal como partidaria, que caracterizaban al régimen de Toro (Bieber, 2004, p. 56).

El presidente Toro –más simpatizante del fascismo que del nazismo– había convocado a una misión de milicianos fascistas y carabineros para poner en pie una policía profesional en

¹⁰ “La delegación estudiantil en Alemania”, en *El Diario*, 8 de febrero de 1939; “La misión estudiantil boliviana en Alemania”, en *El Diario*, 9 de febrero de 1939.

¹¹ Archivo y Biblioteca Nacionales de Bolivia, PR273 Correspondencia. EMG [Estado Mayor General], Sucre 1939. Sin embargo, en 1939, en una decisión a contracorriente de gran parte del mundo, Busch aprobó la migración de judíos europeos a Bolivia.

el país (Stefanoni, 2015, p. 310). Aunque los resultados estuvieron lejos de lo esperado por el gobierno, crearon el cuerpo de carabineros y su sola presencia dejaba ver los vínculos entre Roma y La Paz. La figura clave de esos esfuerzos fue el diplomático Luigi Mariani, quien desarrolló una entusiasta actividad que quedó reflejada en la prensa y el debate público de la Bolivia de los años treinta, donde fungía como una activa personalidad pública. En sus informes a Roma a veces Mariani se entusiasmaba, como cuando cuenta que, en una reunión, el ministro de Trabajo Javier Paz Campero (posterior a la salida de Álvarez) se había declarado un “profundo admirador del Duce y del fascismo y buen conocedor de lo que el régimen había hecho por Italia”. Incluso el ministro le mostró al encargado de la legación italiana varios libros editados por el Ministerio de Propaganda fascista. Pero en otros reportes, por el contrario, Mariani expresaba sus temores sobre la incidencia de la izquierda y de las tendencias “socialcomunistas” (según él expresadas por el periódico *La Calle* –tribuna de los socialistas nacionalistas– y asociadas a la influencia cardenista mexicana).

Otra de las fuentes de influencia era la Revolución mexicana. Y en efecto, la “recepción” del cardenismo en Bolivia resulta una interesante faceta del socialismo militar, para cuya ala izquierda la experiencia mexicana permitía pensar en una articulación entre indigenismo, antiimperialismo y formas socializantes de economía mucho más atractivas que los experimentos fascistas. Esta vía de “penetración del comunismo” preocupó, tanto a alemanes como a argentinos, más que una influencia soviética que no era relevante. En un expediente “muy reservado” titulado “Penetración ideológica de México en Bolivia”, elaborado por la embajada argentina en La Paz durante la “década infame”, se alertaba sobre los diversos intercambios, como ocurrió con misiones de maestros mexicanos a Bolivia y bolivianos al país azteca, pero también se hacía referencia al alto perfil del embajador mexicano, quien junto al italiano aparecía a menudo en la prensa.¹²

¹² MREC – Sección División Política, Caja 4255, Exp. 6, 1939. Una de las expresiones de esa influencia mexicana era, de manera emblemática, la escuela de Warisata. Para la embajada argentina, el régimen de

Finalmente, cabe destacar las conspiraciones apristas en suelo boliviano, que contaron con el apoyo de Toro y Busch para tratar de derrocar al régimen del general Óscar R. Benavides en coordinación con las divisiones del APRA en el sur peruano (Davis y Villanueva, 1978). Las cartas entre los conspiradores desde Bolivia y Haya de la Torre dan cuenta de las redes con personeros del socialismo militar, la negociación de ayuda militar concreta y las acusaciones que recibían los apristas en Lima por, supuestamente, ofrecer un acceso al mar a Bolivia a cambio de esa ayuda. Pero en esas cartas se mencionaban también las contradictorias perspectivas que convivían bajo la etiqueta del “socialismo de Estado” lo que, en parte, contribuyó al fracaso del golpe transfronterizo (Davis y Villanueva, 1978).¹³

Más allá de la voluntad de distanciarse del “imperio” estadounidense, estas abigarradas apuestas ideológicas en La Paz –no sorprendentes en la década de 1930 latinoamericana– generaban un antiimperialismo de hecho. En este marco, en mayo de 1939, el cuñado del presidente Busch, Kokichi Seito, de origen japonés, anunciaba en Yokohama, como una suerte de carta de presentación, que Bolivia se había transformado en el primer Estado totalitario en el hemisferio occidental –por esos días Busch había proclamado la “dictadura”-. Y anunciaba la voluntad del país andino de formar parte del bloque Anti-Comintern. Aunque se trataba de un comerciante sin cargos oficiales, el diplomático argentino que leyó la noticia en el *Japan Times* consideró oportuno enviarla a sus superiores en la Cancillería en Buenos Aires, en cuyo archivo se encuentra el recorte.¹⁴ Hoy se sabe que Busch llegó a pedir en 1939 asesoramiento alemán para poner en pie un “régimen totalitario”, y aunque finalmente las gestiones no prosperaron, refleja tantos los proyectos como las

enseñanza en la escuela-ayllu era “esencialmente comunista”, y esta estaba dirigida por “maestros de diferentes nacionalidades”, “existiendo mejicanos, peruanos apristas”.

¹³ Agradezco a Martín Bergel su información respecto a estos acontecimientos.

¹⁴ “As the first totalitarian state in the Western Hemisphere, it is my belief Bolivia will in the near future become a member of the Anti-Comintern bloc”, en *The Japan Times & Mail*, 3 de mayo de 1939 (MREC – Sección División Política, caja 4255, 1939, exp. 20).

angustias presidenciales que, al final, lo llevarían a su suicidio en 1939 poniendo fin al experimento del socialismo militar.

A modo de conclusión

En las décadas de 1920 y 1930 se construyeron lenguajes, imágenes e ideas que marcarían el siglo XX y XXI bolivianos, y ese entramado estuvo travesado por el antiimperialismo. El antiimperialismo convive, además, con un anticolonialismo de larga data, en un país con una población indígena que -según se mida- puede ser mayoritaria o muy significativa, en un grado de mestizajes que, en cualquier caso, mantienen una fuerte carga de indianidad. En este artículo nos hemos centrado en los desplazamientos operados por la dupla nacionalismo/antiimperialismo, con la Guerra del Chaco como un punto de inflexión, que debilitó a la izquierda internacionalista y fortaleció discursos de cuño vitalista en los que el antiimperialismo ya no estaba atado al cosmopolitismo o al internacionalismo de matriz comunista sino a la tarea de salvar y construir la nación. Las imágenes proyectadas por Alemania, Italia o México construyeron un caleidoscopio que permitió diversos experimentos políticos y sociales, como los esfuerzos por construir un Estado sindicalista. Ya en los siguientes años (por eso terminamos este artículo en 1939), con el estallido de la Segunda Guerra Mundial los clivajes internacionales se alterarían y también se establecerían nuevos “filtros” para la recepción de las ideas, especialmente de tonalidades fascistas.

Al mismo tiempo, hemos intentado mostrar cómo la imagen de las “venas abiertas” – un país enormemente rico en su subsuelo y pobre en su superficie, “saqueado” por poderes foráneos– al tiempo de construir variables explicativas para una multiplicidad de problemas, hizo de la nacionalización de los recursos naturales el eje de su soberanía, en una suerte de “nacionalismo geológico” (Molina, 2009) muy potente hasta nuestros días.

Simultáneamente, los postulados antiimperialistas permitieron enmarcar conflictos regionales (como la Guerra del Chaco) en un relato de mayor alcance y -más allá de su pertenencia historiográfica- leer la guerra como una contienda interimperialista permitió poner en los imperios la responsabilidad de esa carnicería entre “hermanos latinoamericanos” que conmovió a toda la región. Adicionalmente, la temprana muerte de Busch –leída como un crimen indirecto de la “oligarquía” que lo acosaba– sumada más tarde al colgamiento de Gualberto Villarroel en 1946 –tema que estaba cronológicamente fuera de este ensayo– brindó al panteón del nacionalismo una serie de mártires que la Revolución de 1952 y el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR) construyeron como precursores. Que en mayo de 2016 Evo Morales haya tuiteado “He leído que el Presidente Germán Busch decía que no había llegado a la presidencia para servir al capitalismo”¹⁵ o que el ministro de Defensa Reimy Ferreira haya señalado en relación a la reciente inauguración de la Escuela Militar Antiimperialista que “quisiéramos que el modelo de nuestros oficiales sean los militares German Busch, primer presidente antiimperialista”,¹⁶ deja ver la pervivencia de imágenes así como de formas de producción de legitimidad política ligadas a esta tradición antiimperialista.

Bibliografía:

Alarcón, R. J. (dir.) (1925). *Bolivia en el primer centenario de su independencia*. La Paz, The University society.

Arze, J.A. (1989). *La autonomía universitaria y otros escritos afines*. La Paz, Imprenta de la Universidad Mayor San Andrés.

Barcelli S., A. (1956). *Medio siglo de luchas sindicales revolucionarias en Bolivia 1905-1955*. La Paz: Ed. del Estado.

¹⁵ Tuit recuperado de <https://twitter.com/evoespueblo/status/737686778522566656>

¹⁶ Pedro Rioseco, “Escuela militar antiimperialista de Bolivia, por la vida no la muerte”, en *Prensa Latina*, 3 de agosto de 2016.

- Bergel, M. (2012). *Flecha*, o las animosas obsesiones de Deodoro Roca. En *Deodoro Roca. Obra Reunida. Tomo IV. Escritos Políticos* (pp. XXV-XXVI). Córdoba: Universidad Nacional de Córdoba.
- Bieber, L. E. (2004). *Pugna por Influencia y Hegemonía. La rivalidad germano-estadounidense en Bolivia 1936-1946*. Frankfurt: Peter Lang.
- Brockmann, R. (2007). *El general y sus presidentes. Vida y tiempos de Hans Kundt, Ernst Röhm y siete presidentes de Bolivia 1911-1939*. La Paz, Plural.
- (2017). *Dos disparos al amanecer. Vida y muerte de Germán Busch*, La Paz, Plural, 2017.
- Bustelo, N. (2012). La reforma universitaria y la recepción de Eugenio D'Ors, *VII Jornadas de Sociología de la Universidad Nacional de La Plata: "Argentina en el escenario latinoamericano actual: debates desde las ciencias sociales"*. La Plata, 5 al 7 de diciembre.
- Céspedes A. (2002). *El dictador suicida* [1956]. La Paz: Librería editorial "Juventud".
- Darnton, R. (2003). *Edición y subversión. Literatura clandestina en el Antiguo Régimen*. Madrid: Fondo de Cultura Económica.
- Davies T. M. Jr. y Villanueva, V. (1978). *300 documentos para la historia del APRA. Conspiraciones apristas de 1935 a 1939*. Lima: Ed. Horizonte.
- Fuentes Codera, M. (2010), Hacia lo desconocido. Eugenio d'Ors en la crisis de la conciencia europea. En *Historia social*, 74, pp. 23-42.
- (2012). La encrucijada de posguerra y la primera estancia de Eugenio d'Ors en Argentina. En *Historia y política*, 28, julio-diciembre, pp. 245-272.
- Funes, P. (2006). *Salvar la Nación. Intelectuales, cultura y política en los años veinte latinoamericanos*. Buenos Aires: Prometeo.
- Ingenieros, J. (1920). *La democracia funcional en Rusia*. Buenos Aires: ¡Adelante!.
- Irurozqui, M. (1994). *La armonía de las desigualdades. Elites y conflictos de poder en Bolivia 1880-1920*. Madrid-Cuzco: Consejo Superior de Investigaciones Científicas- Centro de Estudios Regionales Andinos "Bartolomé de las Casas".
- (1994) Partidos políticos y golpe de estado en Bolivia. La política nacional-popular de Bautista Saavedra, 1921-1925. En *Revista de Indias*, LIV (200), pp. 137-156.
- Klein H.S. (1995). *Orígenes de la Revolución Nacional boliviana* [1968], La Paz: Librería editorial Juventud.
- Lora, G. (1969). *Historia del movimiento obrero boliviano 1900-1923*. La Paz: Los amigos del libro.
- Marof, T. (1926). *La justicia del Inca*. Bruselas: Librería Falk Fils.

Martinez, F. (2010). “*Régénérer la race*”. *Politique éducative en Bolivie (1898-1920)*, París: IHEAL-CEDAL.

Mendieta, P. (2010). *Entre la alianza y la confrontación. Pablo Zárate Willka y la rebelión indígena de 1899 en Bolivia*. La Paz: Asdi-IFEA-Plural-IEB.

Mishra, P. (2012). *De las ruinas de los imperios. La rebelión contra Occidente y la metamorfosis de Asia*. Rio de Mouro: Galaxia Gutemberg.

Molina, F. (2009). *El pensamiento boliviano sobre los recursos naturales*. La Paz: Pulso.

Quisbert, P. (2004) “La gloria de la raza”. *Historia prehispánica, imaginarios e identidades entre 1930-1950*. *Estudios Bolivianos*,12, pp. 177-212.

Saavedra, B. (s/f.): *Proceso de Mohoza. Defensa del abogado Bautista Saavedra. Pronunciada en la Audiencia del 12 de octubre de 1901*. En B. Saavedra, *El ayllu. Estudios sociológicos /Proceso de Mohoza* (pp. 133-159). La Paz: Librería editorial G.U.M.

Schelchkov, A. (2016) .Roberto Hinojosa: la ruta sinuosa de un socialista revolucionario. En A. Schelchkov y P. Stefanoni, *Historia de las izquierdas bolivianas. Archivos y documentos (1020-1940)* (pp. 104-122). La Paz: Centro de Investigaciones Sociológicas.

Schelchkov, A. y Stefanoni, P. (2016). *Historia de las izquierdas bolivianas. Archivos y documentos (1020-1940)*. La Paz: Centro de Investigaciones Sociológicas.

Seoane, M. (1926). *Con el ojo izquierdo. Mirando a Bolivia*. Buenos Aires: Imprenta y papelería Juan Perrotti.

Stefanoni, P. (2015). *Los inconformistas del Centenario. Intelectuales, socialismo y nación en una Bolivia en crisis (1925-1939)*, La Paz: Plural.

Topasso, H. (2016). *Tristán Marof: itinerario ideológico y praxis política. Vaimenes de un intelectual latinoamericano en el siglo XX*. En A. Schelchkov y P. Stefanoni, *Historia de las izquierdas bolivianas. Archivos y documentos (1020-1940)* (pp. 84-103). La Paz: Centro de Investigaciones Sociológicas.